

Las rutas del Tercer Milenio: Confluencia de Asia y Amerindia

Elías Capriles

Según la filosofía de la historia que comparten los estoicos (quienes la habrían recibido indirectamente de Heráclito), el zurvanismo (recuérdese las especulaciones sobre la hipotética conexión entre Heráclito y los persas), el bön y el dzogchén del Centro de Asia, una serie de sistemas de la India, el taoísmo y otras tradiciones, la evolución y la historia humana están signadas por el desarrollo de un error que no es entendido como tal, que se va acrecentando hasta alcanzar su reducción al absurdo —o sea, hasta que sus efectos demuestran que el mismo constituye un error insostenible y, en consecuencia, debe ser superado—.

El *Libro del Génesis* hace referencia a un Jardín del Edén, del que los humanos habrían «caído» al comer del Arbol del Conocimiento del Bien y el Mal, pues dicho conocimiento los habría hecho perder la armonía y la inocencia originarias. En alemán «juicio» es *Urteil* o «partición originaria»: el juicio, que surge cuando «comemos del árbol del conocimiento», fractura nuestra experiencia del *uni*-verso, dando lugar a la fragmentación propia de nuestro estado «caído» —introduciendo con ello una «fisura» que nos separa de nosotros mismo, de nuestra absoluta plenitud, de toda posible satisfacción y del resto del universo—.

El budismo hinayana enseña las Cuatro Nobles Verdades: (1) La vida es *duhkha*: falta de plenitud, insatisfacción, frustración y recurrente dolor y sufrimiento. (2) La causa del *duhkha* es el *trishna* o sed de existencia inherente al creerse un yo substancial. (3) Hay una superación del *duhkha*, que es el *nirvana*: la cesación de la sed de existencia y de la ilusión de un yo substancial. (4) Hay un sendero que conduce a superar las dos primeras Verdades, alcanzando la Tercera. Para el budismo mahayana, la causa del *trishna* o sed de existencia era la *avidya*: el error o delusión que consiste en ignorar la insubstancialidad de todos los entes y, por ende, la verdadera naturaleza común de todos ellos: al sentirme separado de la plenitud del continuo que para la física actual es el universo, experimento una carencia de plenitud. Así, pues, esta *avidya* o error esencial es el origen de la fisura que nos separa de nosotros mismo, de nuestra absoluta plenitud, de la satisfacción y del resto del universo, y de la fragmentación que nos impide captar el carácter sistémico del universo y las interconexiones entre las partes que en él abstraemos.

La evolución y la historia humanas constituyen un proceso de degeneración impulsado por el paulatino desarrollo de dicha fisura y dicha fragmentación, las cuales en nuestra época alcanzan un grado tal que, ignorando nuestra pertenencia al universo y las interconexiones entre las partes de éste, con una poderosa tecnología destruimos lo que nos molesta y tomamos lo que nos parece deseable. Así producimos la crisis ecológica que reduce al absurdo nuestro error, mostrando que sus últimas consecuencias son un estado psicológico extremadamente sufriente y la destrucción de los sistemas de los que depende la vida. Podemos, pues, hablar de Cuatro Nobles Verdades de la crisis ecológica: (1) Si todo sigue como va, la vida humana desaparecerá del planeta en la primera mitad del siglo XXI y, mientras tanto, nuestra vida se hará cada vez más miserable y un número creciente de seres humanos será incapaz de adaptarse al entorno, sufriendo *stress*, neurosis y psicosis, graves enfermedades y suicidios. (2) La causa primaria de la crisis ecológica es la falta de sabiduría sistémica inherente a la *avidya* o el error que constituye la segunda noble verdad.

Sintiéndonos separados de la naturaleza y de los otros seres humanos, nos contraponemos a ellos e intentamos dominarlos, desarrollando el proyecto tecnológico para destruir los aspectos de la naturaleza que nos molestan y apropiarnos los que creemos nos producirán confort, placer y seguridad, y engendrando las divisiones entre razas, naciones, Estados y clases en la raíz de las injusticias y los conflictos. (3) La solución a la crisis ecológica comenzaría con la erradicación de su causa primaria —el error o *avidya*— y de sus causas secundarias —el proyecto tecnológico de dominio de lo que consideramos *otro*, y la explotación y la profunda desigualdad política, económica y social—. (4) Los sistemas tradicionales para la superación de la *avidya* pueden erradicar la causa de la crisis ecológica, dando inicio a una era de armonía comunitaria basada en la sabiduría que pone fin al afán de obtener cada vez más conocimiento manipulador y que nos permite utilizar benéficamente el que ya poseemos.

En los orígenes, la humanidad entera, sin distinción de razas, regiones, géneros o edades, habría comulgado en la verdad constituida por la develación (*aletheia*) de la impensable naturaleza común de todos los individuos humanos y del universo. En consecuencia, en la era primordial no habrían existido las divisiones entre los seres humanos. Para los estoicos, en dicha era imperaba plenamente el *lógos* y, en consecuencia, los seres humanos eran todos libres e iguales entre sí y no estaban divididos por fronteras nacionales ni por distinciones de clase, fortuna o alcurnia. La propiedad privada era desconocida, como lo eran también la familia individual, la esclavitud y el Estado en que unos pocos imperan sobre la mayoría. Los bienes de la naturaleza eran disfrutados en forma común por todos los seres humanos, que carecían de todo sentido de posesión y vivían como verdaderos hermanos, abandonados al flujo natural del *lógos* —y, en consecuencia, libres de toda forma dualista de gobierno o control—.

Así, pues, la era primordial correspondía las formas originales y más puras del «comunismo primitivo» del marxismo y el pensamiento ácrata. Pero Marx y Engels crecieron y florecieron en un clima marcado todavía por el entusiasmo con el progreso propio de la Edad Moderna, y encima se inspiraron en Hegel, máxima expresión de la concepción de la evolución como perfeccionamiento constante. Por ello concibieron la historia como perfeccionamiento progresivo y creyeron que el «comunismo primitivo» era un estadio social inferior a los que lo sucedieron, cada uno de los cuales debía ser más completo y perfecto que el anterior.

Este constante perfeccionamiento del espíritu no parece, sin embargo, haberse producido en parte alguna. Acerca de los autores del arte francocantábrico, Andreas Lommel, director del museo etnológico de Zurich, escribe:¹

«Existe quien prefiere evitar cualquier especulación (con respecto al desarrollo espiritual de quienes crearon el maravilloso arte «primitivo» francocantábrico), puesto que el problema plantea cuestiones insolubles al estudioso de la prehistoria y **sobre todo a cualquier persona convencida ingenuamente de la marcha del progreso**, pues si el «hombre primitivo» fue capaz de producir obras de arte tan primorosas con sus rudos instrumentos de piedra y hueso, **no puede, de ninguna manera, haber sido «primitivo» en el sentido artístico e intelectual, y debe, por el contrario, haber alcanzado un nivel de desarrollo hasta hoy no sobrepasado. Se demuestra así que la evolución artística y mental no se desarrolla paralelamente a**

¹Lommel, Andreas, español, 1976. Las negrillas son mías. Cabe recordar también que, como señala la obra de Time & Life *The Library of Curious & Unusual Facts*, en Europa se realizaba la cirugía del cerebro hace muchos miles de años, y el 80% de los pacientes sobrevivía.

los progresos de la civilización material. Aceptar esta hipótesis significaría revolucionar el cuadro del desarrollo humano tal cual lo encaramos, como una progresión más o menos en línea recta.»

Las ciencias comienzan a rechazar la visión moderna de la historia como progreso y perfeccionamiento constantes desde la barbarie hacia la civilización y la modernidad en las cuales nos realizaríamos. Martine Lochouarn nos dice en *Sciences et Avenir* que los estudios de los fósiles humanos por la paleopatología han mostrado que en el paleolítico y el neolítico no eran comunes las muertes traumáticas causadas por otros individuos: no habrían habido conflictos humanos como guerras o luchas que condujesen al asesinato. En cambio, eran comunes los signos de curación de heridas gracias al cuidado de otros individuos.² Ello sugiere que en el paleolítico se conservaba la herencia de la era primordial.³ Según la obra de Time & Life *The Library of Curious & Unusual Facts*, en Europa se practicaba la cirugía del cerebro hace muchos miles de años, y el 80% de los pacientes sobrevivía. Más aún, hace pocos años el paleoantropólogo Christopher Singer, del Museo de Historia Natural de Londres, declaró a la revista científica *Conocer* que (tal como lo postula la visión degenerativa de la historia) el cerebro humano es hoy en día un cinco por ciento más pequeño que hace diez ó veinte mil años —y lo mismo se aplica al resto del cuerpo.⁴

El economismo del marxismo⁵ hizo que se considerase erróneamente que el carácter igualitario y ácrata⁶ del «comunismo primitivo» se debía a una indigencia extrema. La concepción ácrata de dicho comunismo es muy diferente. Para Pierre Clastres, en las armónicas comunidades «salvajes» sin Estado ni divisiones económicas, la economía era de abundancia, la escasez y la carencia eran desconocidas y no existía el deseo de acumular bienes con el engañoso objetivo de «mejorar la vida».⁷ Savater señala el grave error del marxismo al afirmar que tales comunidades vivían en la indigencia y no habían logrado desarrollar su economía.

²Lochouarn, Martine, 1993.

³O sea, la herencia del «Jardín del Edén» del *Libro del Génesis*, de la «Edad de Oro» grecorromana o de la «Era de la verdad» (*satyayuga*) de los hindúes.

⁴Aunque se ha señalado que el cerebro actual tiene más circunvalaciones y en consecuencia los humanos de hoy son más inteligentes, ello no ha sido demostrado. Por otra parte, si de veras fuésemos más inteligentes hoy en día, ello sería en términos de lo que hoy consideramos como inteligencia y no de la inteligencia sistémica que permitía a los humanos «primitivos» colaborar con su medio ambiente, incrementando la biodiversidad, en vez de destruirlo como hacemos hoy en día. Pero incluso en términos de I.Q., que mide el tipo de inteligencia que se valora actualmente, en los EE. UU. se ha medido una curva descendente desde la primera explosión nuclear en Alamo Gordo.

⁵Según dicha visión, desarrollada sobre todo por Engels, las superestructuras culturales (ideologías) eran hasta un cierto punto determinadas por la infraestructura económica. No obstante, el mismo Engels reconoce que no puede admitirse la explicación causal directa, pues la superestructura cultural influye a su vez sobre la estructura y no puede ser descartada fácilmente en una interpretación rigurosa del curso de la historia humana. Al final de sus días, Engels llegó a declarar que el motor de la historia era «las necesidades de desarrollo del espíritu humano».

⁶Literalmente, «sin poseedores del poder». Este término es sinónimo de «anarquista», que significa «sin gobierno» (o «sin principio»). El pensamiento ácrata afirma que la sociedad puede funcionar y organizarse perfectamente sin necesidad de jefes o gobernantes.

⁷Refiero al lector a la obra de Paul Clastres (a la que me introdujo el profesor Angel J. Cappelletti) y también al libro de Marshall Sahlins mencionado en la bibliografía.

Ahora bien, las «comunidades salvajes» actuales no son muestras de la era primordial, pues se han alejado de ésta en la medida —bastante considerable— en que se han apartado de la armonía primordial. De hecho, muchas de dichas comunidades guerrearán entre sí y la espiritualidad que las caracteriza es de tipo «chamánico» —la cual, según Idries Shah, resulta de la degeneración de las auténticas tradiciones místicas conducentes a la superación del error (las cuales habrían imperado en la era primordial)—.⁸ La espiritualidad chamánica reconoce que la experiencia cotidiana habitual de los seres humanos no posee el grado de verdad que normalmente se le atribuye, pero conserva la creencia errónea en que las experiencias de ciertos «estados alterados» son verdad absoluta.⁹

Hasta el paleolítico, los humanos no se sentían separados del resto de la naturaleza ni de los otros individuos humanos, y su espiritualidad era comunión en la desocultación del principio único inmanente y celebración de lo sagrado del mundo, y no un culto a dioses que se encontrasen por encima del mundo y a los que se debiese obedecer. Es por ello que no había intención de dominar al medio ambiente o a los otros individuos, que no había Estado en el cual unos imperasen sobre otros, y que no existían ni la propiedad (pública o privada) ni las diferencias económicas y sociales que se desarrollarían mucho más tarde.

Antes de la aparición de los dioses y de la agricultura la psiquis humana era indivisa: no se sentía que una parte de ella debía dominar a otra, que los humanos tenían que dominar al resto de la naturaleza, o que el trabajo fuese algo indeseable a ser realizado para fin de obtener un fruto «con el sudor de la frente». Así, pues, las sociedades eran del tipo que Clastres llamó ‘indivisas’. La visión humana era mágica, monista, horizontal: lo divino estaba en el mundo y no en un ‘más allá’, ni era patrimonio de dioses que se encontrasen por encima de los humanos. El trabajo era experimentado como un juego y tomaba entre dos y cuatro horas diarias, pues no se pensaba en acumular riquezas para aumentar el ‘nivel de vida’.

Según el etnólogo Jacques Cauvin, la ruptura de este paraíso se completa cuando, en el Medio Oriente, aparecen estatuillas de una diosa madre y de un dios toro, hacia quienes los humanos tienden sus brazos anhelantes —poco tiempo después de lo cual surge la agricultura con su necesidad de trabajar duramente durante muchas horas al día—. ¹⁰ Con la aparición de los dioses, el mundo deja de ser sagrado y las tensiones ya no podrán resolverse «aquí», por medio de la vivencia no-dual que hacía que ellas se rompiesen instantáneamente, sino que deberá recurrirse a un «más allá» en el cual se suponía que ellas podrían resolverse.

La fragmentación de la psiquis y la sociedad indivisas dio lugar al mal: al perder la visión holista, dejamos de sabernos parte de un todo que comprendía al resto de los seres

⁸Shah, Idries, 1964; español 1975.

⁹Cfr Harner, Michael J., español, 1976, y Capriles, Elías, 1991.

¹⁰Cauvin, Jacques, 1987. Cauvin señala que las «teorías ecológicas» de etnólogos como Kent Flannery están erradas, pues en el momento en el que surgió la agricultura, en el área había abundante vida silvestre apta para la caza, la pesca y la recolección. Cauvin infiere que la aparición de la agricultura es el resultado de la transformación de la psiquis que se expresa en la aparición de los dioses supramundanos: lo sagrado pasa a estar por encima del mundo; hemos «caído» y en adelante habremos de «ganarnos el pan con el sudor de nuestras frentes» (cambiando las dos o tres juguetonas horas diarias que los cazadores-pescadores-recolectores invertían en asegurar su subsistencia, por las jornadas completas de duro trabajo que requiere la agricultura).

humanos, los animales, las plantas y los minerales, y de cuidar la totalidad del universo y de los seres vivientes como nuestro propio cuerpo. Al identificarnos con un ego separado y limitado, surgió y comenzó a desarrollarse el egoísmo. Al fragmentarse la psiquis y la sociedad, aparecieron en ambos planos las relaciones psicológicas de control y dominio, y surgieron la propiedad privada y el Estado en que unos dominan a otros.

Se considera demostrado que los más remotos ancestros de todas las razas humanas —y por ende de todas las etnias que se han mezclado en nuestras tierras— eran africanos. Aunque originariamente europeos, africanos, asiáticos y los descendientes amerindios de estos últimos, habrían comulgado todos en la develación de nuestra naturaleza común, durante el desarrollo degenerativo de la humanidad, debido a unas u otras circunstancias, algunos pueblos habrían desarrollado más rápidamente las estructuras verticales que tiene su expresión religiosa en la imagen de dioses en las alturas y los humanos aquí abajo con las manos tendidas hacia ellos. En Eurasia y Noráfrica, estos pueblos habrían incluido a los protoindoeuropeos (arios), los protosemitas y los protoegipcios; en América precolombina, habrían incluido a los aztecas y los incas.

Hasta el segundo o tercer milenio a. C., el Occidente, Centro y Sur del Asia,¹¹ Noráfrica¹² y Europa compartían una unidad cultural, caracterizada por la cooperación, la comunicación horizontal, la no-agresión y una relativa igualdad entre los géneros. Gianluca Bocchi y Mauro Ceruti escriben:¹³

«Los asentamientos preindoeuropeos de la Europa centrooriental estaban situados en lugares de fácil acceso, junto a las orillas de los ríos o en los valles de éstos. En general, no conocían armas ni fortificaciones defensivas. En la vida cotidiana, los principales cuidados se dedicaban a las técnicas agrícolas, a la fabricación de objetos de consumo y a la producción artística.

«Los kurgán (indoeuropeos), por lo contrario, se valían de muchas armas: arco y flecha, lanza y daga. Sus asentamientos estaban dominados por fortalezas inaccesibles, edificadas sobre colinas escarpadas y rodeadas de murallas ciclópeas; el poder y la riqueza dependían fundamentalmente de incursiones y depredaciones a expensas de las poblaciones limítrofes.

«Más divergentes aún eran las respectivas estructuras sociales y el papel de los individuos.

«La sociedad kurgán (indoeuropea) era rígidamente jerárquica. En el vértice había probablemente una especie de rey tribal. Los jefes eran acompañados en sus sepulcros por sus dependientes, siervos y concubinas. Además, la sociedad kurgán (indoeuropea) adoptaba una línea patriarcal de dominio masculino que se ha definido como patrifocal ó androcática.

«La sociedad de la Europa antigua (tal como Marija Gimbutas ha llamado a la Europa de los asentamientos preindoeuropeos) era en cambio mucho más igualitaria, con una sólida clase media debido a los desarrollos del comercio. En ella estaba equilibrada y era paritaria la relación entre los géneros (sexos): las mujeres podían llevar a cabo funciones sociales importantes, como la de jefe de clan, y en el papel de sacerdotisas ejercían una particular autoridad en el ámbito religioso.

«El *cáliz* de la convivialidad generadora y la *hoja* de la espada aniquiladora son las dos metáforas con que Riane Eisler ha resumido sustanciosamente la divergencia entre los aspectos materiales y simbólicos que caracterizan a estas dos sociedades.

«La Europa preindoeuropea (la Europa antigua) parece haber sido sede de una forma de pensamiento totalmente *otra* respecto a la tradicional forma de pensamiento patriarcal caracterizada por el predominio del

¹¹No incluyo aquí a China y el Extremo Oriente porque la cultura china (madre de las del Extremo Oriente) comenzó a diferenciarse de resto de las culturas asiáticas con anterioridad a la diferenciación entre éstas y las europeas —aunque con seguridad para los milenios II y III a.C. todavía compartía los rasgos del comunismo ácrata primitivo y la solidaridad de las culturas a las que estoy haciendo referencia—.

¹²A la que los griegos se referían como «Libia».

¹³Bocchi, Gianluca y Mauro Ceruti, 1993, español 1994, pp. 36-7.

género masculino y por la subordinación del género femenino. Para definir la estructura de pensamiento característica de la Europa preindoeuropea, Riane Eisler ha acuñado el término «gilania». Este término es producto de la coordinación (a través de un fonema que en sí mismo evoca la idea de conexión: «l» es la inicial del vocablo inglés *linking*) de los prefijos generalmente utilizados para significar lo femenino y lo masculino: «gi» y «an», ennoblecidos por una larga tradición y por su etimología griega (*gyné* y *anér*).»

Esta idea de una cultura «gilania», como distinta del patriarcado y del matriarcado, parece más correcta que la interpretación «matriarcal» de Bachofen (aunque la teoría de éste sobre el comunismo primitivo parece más correcta que la de Engels). En todo caso, lo que señalan Bocchi y Ceruti se aplica no sólo a los preindoeuropeos del continente europeo, sino también a los del Asia Occidental, Central y del Sur. Ellos escriben:¹⁴

«Entre la expansión de los pueblos indoeuropeos y la expansión de los pueblos semíticos hay notables analogías. Ambos grupos de pueblos fueron en su origen grupos nómadas y pastorales cuyo hábitat se hallaba en las lindes de los primeros focos de civilización; ambos emigraron recorriendo miles de kilómetros y conquistaron los grandes centros de civilizaciones agrícolas y urbanizadas (en la Mesopotamia, las primeras oleadas semíticas sustituyeron a los sumerios); ambas irrumpieron en los escenarios del Asia menor y del Oriente Medio aproximadamente en el mismo período, durante el tercer milenio a. C. (los hititas indoeuropeos y los asirios semitas al parecer se encontraron en Kanes, en la Anatolia central, 1.900 años antes de Cristo). Pero, sobre todo, tanto los pueblos indoeuropeos como los pueblos semíticos tenían estructuras sociales rígidamente androcáticas. En sus ritos eran frecuentes las invocaciones a los dioses de la tribu, de la guerra y de la conquista. Muy similares fueron los conflictos sociales y espirituales que generó su encuentro/choque con las poblaciones (agrícolas y gilánicas) que vivían en Europa y el Oriente Medio en la época de sus invasiones. También la Mesopotamia conserva la memoria de un tiempo de paz y abundancia, bruscamente interrumpido; también los sumerios veneraban a una Diosa Creadora afín a la de sus vecinos, los elamitas.

«Desplazándonos entre Europa y Oriente Medio, entre la India y el Asia Menor, hemos descubierto una enorme diversificación étnica y lingüística, pero también sorprendentes convergencias culturales. Algunas poblaciones de la Europa y el Mediterráneo neolíticos podían tener afinidades con las poblaciones dravídicas de la India prearia: pero la mayor parte de ellas, con toda probabilidad, no las tenía en lo más mínimo. Los indoeuropeos no son parientes próximos de los semitas, como demuestra la lejanía de sus hábitats originarios. Sin embargo, las oposiciones «androcático» *versus* «gilánico», «ganadero» *versus* «agricultor», «nómada» *versus* «urbano» definen una polarización fundamental entre indoeuropeos y semitas por un lado, y las poblaciones de la Europa neolítica, del Oriente Medio presemítico y de la India prearia por el otro. A veces una clasificación *tipológica* de las culturas puede parecer más importante que una clasificación histórico-genética, más pertinente para la reconstrucción y la confrontación de mundos simbólicos, místicos y espirituales coherentes...

«Es igualmente probable que entre la Europa neolítica y la India prearia existiera una circulación de símbolos y creencias que iba mucho más allá de las filiaciones lingüísticas y étnicas...

«Con la difusión de la civilización indoeuropea, la India, el Asia Menor y Europa entraron en un universo lingüístico y cultural común, cuyas conexiones internas empiezan a verse reconocidas en la actualidad. La tradicional historia de la filosofía se va volviendo cada vez más injustificadamente parcial, porque toma en consideración los desarrollos de una sola rama de este universo cultural: la rama occidental. Ya no hay razón alguna para perpetuar este olvido de la India. Las primeras investigaciones comparativas indican hasta qué punto el estudio del pensamiento indio (clásico y moderno) puede dilatar útilmente nuestros puntos de vista sobre la filosofía y la ciencia de Occidente.

«Pero la historia de las relaciones entre la India, el Asia Menor y Europa es mucho más antigua y profunda. En Ur, en la Mesopotamia, pero también en Omán y las islas de Bahrein y de Failaka en el Golfo Pérsico, se han encontrado los mismos sellos que los mercaderes de Harappa y de Mohenjo-daro utilizaban para distinguir sus mercancías, junto con cerámicas y fragmentos de collares propios de la misma civilización. Se han reconstruido las rutas comerciales que comunicaban el valle del Indo con el Oriente Medio en los tiempos de Sargón de Acadia, hacia el 2.300 a.J.C., atravesando el golfo Pérsico y la parte oriental de la

¹⁴*Ibidem*, pp. 49-51 y 42-45.

península Arábiga. En una casa de Terqa, ciudad a orillas del Éufrates de algún siglo después, hasta se ha hallado un recipiente que contenía clavos de olor. Probablemente los comercios de la Mesopotamia se extendían hasta las Indias Orientales (la actual Indonesia).

«Junto con Harappa y Höyük Zatal, las excavaciones de los arqueólogos han desenterrado consonancias y disonancias entre la India prearia, la Anatolia neolítica y el mundo de la Diosa Madre. Bajo muchos aspectos en aquellos tiempos remotos los pobladores de una extensísima área euroasiática pertenecían a un universo cultural común. En todas las regiones de la India las excavaciones arqueológicas han traído a la luz imágenes de diosas madres muy parecidas a las de sus correspondientes divinidades europeas. Y, precisamente como el culto a Shiva, también el culto de las diosas de la fecundidad y del poder generador ha sobrevivido, en territorio indio, a la edad de las grandes invasiones.

«El mundo de la diosa madre tenía preferencia por los símbolos de la energía y del desarrollo: manantiales, árboles de la vida, vasijas, vientres grávidos, cuartos de luna, semicírculos, hachas. Dos símbolos de este universo son particularmente importantes, puesto que son omnipresentes en todo el espacio cultural que va de la Europa antigua a la India prearia, a través de la Anatolia y de la Mesopotamia sumérica y protosemítica. Se trata de la espiral y la doble hélice.

«La espiral es el símbolo de la evolución del universo, de la energía cósmica, de la respiración, del desarrollo, de las ilimitadas posibilidades del devenir. En el arte del Mesolítico y del Neolítico (hallazgos en Francia, Irlanda e Inglaterra) representa sobre todo la trascendencia. A menudo está asociada con el toro, cuyas astas no son otra cosa que espirales estilizadas. El toro y la espiral tuvieron un gran valor en la civilización cretense del segundo milenio a.J.C., como se sabe a través de la figura del Minotauro, guardián de un laberinto espiraliforme, símbolo de la fertilidad. Durante el mismo período, en Argos y en Micenas el toro es símbolo de la realeza. En los sellos que se encontraron en gran número en el valle del Indo, la máxima divinidad (Maheshwara, una forma de Shiva) está representada flanqueada por bovinos, e incluso con pesados cuernos sobre la cabeza. Todavía en nuestros días el blanco toro Nandín es la cabalgadura ritual de Shiva, en paciente espera frente a todos los templos dedicados a este último.

«La doble hélice es el símbolo del enlazamiento de las dualidades. Es un símbolo dinérgico, según el término acuñado por György Doczi para indicar el poder *generativo* de los opuestos complementarios. Muestra de qué manera la unidad, transformándose en dualidad, alcanza una nueva y más profunda unidad. Expresa el equilibrio activo y la relación creadora que corre entre dos canales energéticos diferentes, y, sin embargo, intercomunicados en cada instante de su recorrido. Frecuentemente la doble hélice asume la forma de dos serpientes gemelas conjuntamente retorcidas. Este símbolo es característico de la Mesopotamia del tercer milenio a.J.C.: aparece en la copa ceremonial del rey Gudea de Lagash, sumerio, que se remonta aproximadamente al 2.000 a.J.C., como así también en un sello cilíndrico asirio de alguno que otro siglo antes.¹⁵ Dobles hélices y serpientes se asocian tanto con Shiva como con Hermes. Hermes, el dios arcádico de la regeneración, hace florecer la tierra, fructificar las plantas, parir a los rebaños, llevando consigo siempre el *kerykeion* fecundador, un bastón serpentiforme. Dicho símbolo también acompañó a todos los dioses curadores de los griegos y romanos: Esculapio, Higía, Anfiarao. Representó la salud física, la buena conducta, la firmeza moral. Llegó hasta nuestros días bajo la forma del caduceo, símbolo de las categorías profesionales de los médicos y farmacéuticos.»

Indoeuropeos y semitas estaban signados por una estructura vertical del poder, la religión y la actitud hacia el cuerpo y sus pasiones —lo que implica un dualismo moral y en cierto grado lo que Mircea Eliade llamó «antisomatismo»—. Ambos eran andrococráticos ganaderos nómadas guerreros que dominaron a poblaciones gilánicas altamente civilizadas, agrícolas, sedentarias y pacíficas. La civilización sumeria, luego dominada por los semitas, estaba emparentada y era muy similar a la dravidiana, más tarde dominada por los indoeuropeos. Esta civilización dravidiana, establecida en el Occidente del Indostán (actual Pakistán), era altamente sofisticada, como se aprecia en las excavaciones arqueológicas de Harappa (Panjab) y Mohenjo-daro (Sindh), en las cuales la edad de cobre traslapa con el

¹⁵En la medida en que este símbolo corresponde también al canal central y los dos canales laterales de la bioenergética tántrica hindú, su importancia entre los sumerios y otros de los pueblos que compartieron la gran unidad cultural eurasiática anterior a la invasión indoeuropea sugiere un origen dravidiano de la teoría del *kundalini* y de toda la bioenergética a ella asociada.

neolítico. Mohenjo-daro poseía un sistema de acueductos y cañerías al que, al decir de los arqueólogos, tendrían mucho que envidiar las ciudades occidentales de la actualidad. Bocchi y Ceruti escriben:¹⁶

«Las emigraciones de los nómadas indoeuropeos no se dirigieron tan sólo hacia Occidente. Por rutas todavía no bien individualizadas y tal vez múltiples (la Anatolia, el Cáucaso, pero, sobre todo, las estepas situadas al este del Mar Caspio y la Siberia meridional), llegaron a la meseta del Irán, a los oasis del Asia central y a los contrafuertes y valles del Pamir. Algunas tribus avanzaron más aún. A través de los pasos del Hindu Kush penetraron en el subcontinente indio e irrumpieron en el valle del Indo. También en estas tierras chocaron con las poblaciones locales asentadas desde tiempo atrás, dotadas de una civilización urbana, agrícola y marinera más avanzada. También en estas tierras los invasores terminaron por imponerse y casi borrar los rastros de un mundo que había sido refinado y tecnológicamente desarrollado. Tan sólo en nuestro siglo, a partir de 1921, las excavaciones arqueológicas han permitido volver a descubrir una historia perdida. Volvieron a la luz las imponentes ruinas de las ciudades de Harappa y Mohenjo-daro, distantes entre sí unos seiscientos kilómetros y, sin embargo, tan semejantes que inducen a pensar en un proyecto común. El ápice de su prosperidad ha sido situado entre el 2.300 y el 1.750 a.J.C.

«El *Rigveda*, precioso testimonio de aquellos tiempos, habla de las victorias que los arios «del color del trigo» consiguieron sobre las gentes de «piel oscura». Ese giro se produjo hace más de tres mil años, después del 1.500 a.J.C. Sin embargo, todavía impregna la civilización india contemporánea. Ha generado el sistema de castas, que ha regulado y aún regula la vida de las sociedades hindúes. Ha producido la principal división lingüística del subcontinente, que opone a las lenguas indoeuropeas, que prevalecen en India septentrional, las lenguas dravídicas, que prevalecen en India meridional. Sus efectos todavía están presentes en los rasgos característicos de la religión india.

«Detrás de la denominación general de «hinduismo» hay una gran variedad de cultos heterogéneos, por sus orígenes y por sus visiones del mundo. Se difundieron en el subcontinente la fe y los mitos de los invasores arios, basados en la personificación de las fuerzas de la naturaleza y en la divinización de los héroes. Los dioses védicos, Indra, Varuna, Mitra, Nasatya, tienen ligazones con el mundo de los dioses iraníes, germánicos, griegos y latinos. Con los nombres de *In-da-ra*, *Aru-na*, *Mi-it-ra*, *Na-sa-at-tiya* los hayamos invocados, sorprendentemente, poco antes del 1.300 a.J.C., en un tratado estipulado entre Shattiwaza, soberano de los mitanios, que reinaba en un territorio que corresponde a la actual Siria oriental, y Suppiluliuma, rey de los hititas. Por el contrario, el culto de Shiva es autóctono de la India y todavía se practica en su forma más intensa en las regiones meridionales. Las representaciones de la divinidad que se han descubierto en los enclaves arqueológicos de Harappa y Mohenjo-daro hacen que verosímelmente fuese Shiva el Gran Dios (Maheshwara) de las civilizaciones del valle del Indo: todavía en la actualidad, Hara es uno de los apelativos de Shiva...»

También Maheshwara es uno de los nombres actuales de Shiva, cuyo culto ha sobrevivido en territorio indio a la invasión indoeuropea. El culto a las diosas de la fecundidad estaba extendido por prácticamente todas las regiones dominadas luego por los indoeuropeos, y lo mismo se aplica a los cultos fálicos: en Grecia, éstos renacieron como los cultos dionisiacos; en la India prearia, los monumentos más abundantes eran los *Shiva-lingam* (falos de Shiva), que celebraban el placer erótico y su función en los sistemas para la superación de la *avidya* y, al mismo tiempo, ilustraban la *coincidentia oppositorum* que luego los tántricos llamarían *yuganaddha*. El genuino no-dualismo es necesariamente no-represivo, pues represión implica dualismo: en lo moral, pues la conciencia humana rechaza una serie de impulsos vitales, y en lo ontológico en la medida en la que el rechazo implica algo ajeno a quien rechaza. Las doctrinas de los dravidianos celebraban la vida, como lo muestran los cultos de las diosas de la fertilidad y del *Shiva-lingam*, y como lo sería también el tantrismo posterior, que enseñaba como una de las vías más directas a la vivencia de este *yuganaddha* la unión erótica masculino-femenina que daba acceso al gozo

¹⁶Bocchi, Gianluca y Mauro Ceruti, 1993, español 1994, pp. 41-2.

místico del supremo placer y disolvía los ilusorios límites de la individualidad en la gran igualdad originaria. La religión dravidiana estaba basada en valores tales como la solidaridad, la igualdad y la libertad, asumidos luego por el tantrismo. La de los indoeuropeos, ritualista y represiva, basada en el colonialismo, la desigualdad y la represión, suprimió el celebratorio e igualitario *dharma* dravidiano, y aunque luego el brahmanismo absorbió doctrinas y cultos dravidianos, los asimiló a su concepción represiva de la religión y de la mística, con lo cual la versión indoeuropea de las doctrinas no-substancialistas y no-dualistas de los dravidianos incorporó dentro de sí una contradicción: en ellas se introdujeron un substancialismo y un dualismo que hicieron imposible la plena autoconcordancia de sus sistemas filosófico-religiosos (por lo menos hasta que, una vez que la situación política lo permitió, surgieron otras formas de *dharma* y, en particular, el *dharma* tántrico).

Según la visión degenerativa de la historia, la crisis ecológica constituye la reducción al absurdo del error que desarrolló durante la totalidad del ciclo actual, y nos encontramos en un nivel umbral con tres alternativas ante nosotros: (1) la restauración de la condición primordial (una «vuelta al comunismo» más a lo Bachofen que a lo Engels-Marx) y la recuperación de la salud del ecosistema Tierra; (2) la destrucción de la vida en el planeta, y (3) la destrucción de gran parte de la humanidad y la restauración de la condición primordial entre los supervivientes. Las profecías del Oriente y otras regiones del planeta parecen excluir la posibilidad (2), pero todas coinciden en la necesidad de superar el error que se ha reducido al absurdo para lograr la supervivencia y la restauración del orden primordial.

Nuestra región de América podría muy bien ser clave en la transición a la nueva era de armonía y colaboración. Por una parte, es en ella donde ha tenido lugar la confluencia y mezcla de la mayor parte de las razas y etnias del planeta; por la otra, podría ser una región menos expuesta a los más destructivos efectos de la crisis ecológica, que los tradicionales nortños centros del poder. Y aunque sea falso que el llamado «mestizaje» haya constituido un fenómeno unificador, en nuestra América el mismo no llegó a alcanzar los extremos estratificadores y deshumanizantes que asumió en la India con la dominación indoeuropea, que dividió la población en castas según la proporción de su sangre indoeuropea y excluyó como «intocables» (y como fuente de contaminación para la gente de casta) a quienes carecían de dicha sangre.

Aunque cada una de las razas y etnias que han confluído en nuestro continente tiene algo que ofrecer al mestizaje cultural del que dependerían nuestra supervivencia y la construcción de una sociedad comunitaria iluminada, en este trabajo el foco está en los aportes más importantes de dos de los grupos humanos que confluyeron en nuestro continente: el de los Orientales amerindios —que para quien esto escribe es la organización social comunitaria, la economía comunista de la abundancia y la organización política de corte ácrata propias de las tribus no-imperiales— y el de los Orientales asiáticos —que son quienes mejor han conservado las disciplinas para poner fin al error humano básico—.

En lo que respecta a estas últimas disciplinas, cabe señalar que los diversos sistemas espirituales del Oriente no lograron prevenir el desarrollo del error hasta niveles altamente patológicos en sus propias civilizaciones, por lo cual no podríamos pretender ingenuamente

«curar el Occidente con los bálsamos de Oriente».¹⁷ En India, el proceso de degeneración fue impulsado por la imposición de las estructuras verticales de los indoeuropeos, mientras que en China fue determinante el predominio del sistema confuciano. Y ni siquiera pueblos como el tibetano, que no sufrió el dominio indoeuropeo ni el predominio confuciano, se salvaron de la degeneración, que afecta a la humanidad entera.

Sin embargo, en el Tibet se conservaron mejor los sistemas no-represivos y celebratorios para la superación del error, que son los que mejor responden a nuestra problemática en la medida en que el antisomatismo y la represión de lo vital son parte esencial de las estructuras en la raíz de la crisis ecológica. Puesto que el dzogchén y el tantrismo fueron reprimidos por las élites gobernantes tibetanas, no pudieron contener el avance del error, pero ahora que la reducción al absurdo de éste se ha completado, los sistemas en cuestión tendrán que adquirir el grado de ascendencia que les permita lograr sus objetivos en la escala necesaria para hacer posible la restauración del orden primordial.

A su vez, los pueblos amerindios ácratas y comunistas que, según Clastres, poseían una «economía de la abundancia» (como distintos de imperios tales como el inca o el azteca) pueden prestarnos los modelos de organización política, social y económica que harían posible nuestra supervivencia.¹⁸ Es una coincidencia notable que algunos pueblos amerindios (como por ejemplo los hopis) tengan profecías acerca de la llegada de miembros de una raza similar a la suya, que serían instrumentales en la recuperación de su patrimonio.¹⁹

También en lo que respecta a lo social, económico y político el Asia tiene alguna experticia que ofrecernos, pues las tradiciones de sabiduría intentaron una y otra vez poner fin a las desigualdades políticas, económicas, sociales, etc. Lo mismo se aplica a Europa, que ha producido las más elaboradas y sofisticadas ideologías de la liberación sociopolítica,

¹⁷El intento de hacer precisamente esto que aquí estoy denunciando y *que jamás me he propuesto hacer*, me fue atribuido por el profesor de filosofía Fernando Rodríguez (UCV) en el prólogo a Capriles, Elías, 1986.

¹⁸Si bien los pueblos en cuestión en algunos casos guerreaban entre sí, ello no sucedería ya en la nueva era primordial, pues los conflictos entre humanos se habrían reducido al absurdo y las pautas en su raíz se habrían erradicado. Sucede que los pueblos amerindios ya habían avanzado considerablemente en el proceso de degeneración para el momento de la llegada de los europeos; en cambio, una vez restaurado el orden primordial la degeneración no habrá comenzado todavía, ni lo hará por largo tiempo.

¹⁹Aunque los hopis han reconocido a algunos tibetanos como los individuos a los que hacía referencia su profecía, sería necesario insistir en que la recuperación en cuestión no implicaría un desplazamiento de los individuos con sangre europea, semita o africana, sino más bien una genuina integración bajo un proyecto comunitario y ácrata cuyo catalizador sea la práctica de los sistemas para la superación del error que se conservaron en el Asia.

tales como los diversos tipos de utopismo, anarquismo y marxismo —y las posteriores síntesis ecologistas, feministas, etc., entre éstos sistemas y otros elementos que en algunos casos comprenden algunas tradiciones místicas del Asia—. Y al Africa negra, que conservó su forma de vida comunitaria hasta épocas quizás más tardías que nuestros propios amerindios.

El momento histórico actual requiere una síntesis filosófica y mística planetaria que, asimilando lo que tienen que ofrecer todas las civilizaciones de la tierra, nos permita emprender globalmente la acción revolucionaria en todos los planos a fin de llevar a cabo la transformación total necesaria para la supervivencia y para la creación de una sociedad comunitaria y ácrata iluminada.

BIBLIOGRAFIA

- Bocchi, Gianluca y Mauro Ceruti (1993, español 1994), *El sentido de la historia (Origini di storie)*. Madrid, Editorial Debate, colección Pensamiento.
- Capriles, Elías (1986), *Qué somos y adónde vamos*. Caracas, Unidad de Extensión de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- Capriles, Elías (1991), «Ciencia, chamanismo y metachamanismo». Ponencia presentada en el Segundo Seminario Nacional sobre Etnomedicina y Religión. Mérida, Boletín Antropológico, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes.
- Capriles, Elías (1994), *Individuo, sociedad, ecosistema. Ensayos sobre filosofía, política y mística*. Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
- Capriles, Elías (en prensa), *Los presocráticos y el Oriente. Hacia una hermenéutica de los orígenes*. Mérida, CODEPRE y Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes.
- Clastres, Pierre (español, 1985/1987), *La economía de la abundancia en la sociedad indivisa* (publicado originalmente como prefacio a la obra de Marshall Sahlins *Stone Age Economics*). Suplemento a la revista *Aletheya*, N° 6, ediciones Antropos, Buenos Aires. Reproducido como suplemento a la revista *Testimonios*, N° 4, octubre 1987, México.
- Cauvin, Jacques (1987), «L'apparition des premières divinités». París, *La Recherche*, N° 195, diciembre de 1987.
- Engels, Friedrich, *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Existen muchas ediciones en español. Utilizo la que aparece en Marx y Engels, *Obras Escogidas*. Moscú, Editorial Progreso.
- Harner, Michael J. (español, 1973), *Alucinógenos y chamanismo*. Madrid, Editorial Labor.
- Lochouarn, Martine (1993), «De quoi mouraient les hommes primitifs». París, *Sciences et Avenir*, No. 553, Marzo de 1993, pp. 44-7.
- Lommel, Andreas, *El arte prehistórico y primitivo (El mundo del Arte—Las artes plásticas de sus orígenes a la actualidad*, Vol. I. Aggs Industrias Gráficas S.A., Brasil).
- Sahlins, Marshall, *Stone Age Economics*. Citado *op. cit.* de Pierre Clastres.
- Shah, Idries (1964; español 1975), *Los sufíes*. Traducción Pilar Giralt Gorina. Barcelona, Luis de Caralt Editor, S. A.